

Franziska

La lucha



Primera parte

1

Una madre moría.

La habitación entera respiraba muerte. Nadie se movía. El amanecer pendía como la niebla ante las ventanas, miraba la estancia con ojos blancos. La respiración de la madre enmudeció. Franziska fue al piano, quitó las dos velas del atril y las puso a la cabecera de la anciana, en silencio, con mucha delicadeza; los candelabros de fino cristal tintinearón con sonido argentino. Luego, el silencio cayó de nuevo sobre la estancia y se apretujó dentro de ella como una espesa nube en un valle angosto.

La enfermera encendió las velas. Las hijas retrocedieron.

En la máscara ya petrificada solo temblaba la boca, palpitante, respiraba ansiosa, apasionadamente, con atormentada prisa, luego se calmó, se hundió profundamente sobre sí misma. Un silencio innombrable las agarró a todas por el cuello.

La enfermera se apartó. Franziska fue hacia su madre, le arregló los grises cabellos, que estaban húmedos, los acarició con mucha suavidad, como los de un niño, por encima de los ojos; sus hermanas estaban junto a la puerta, y temblaban. Y eso fue todo; solo faltaba la cruz; estaba tirada a los pies de la muerta, oculta entre los pesados pliegues de la colcha. Franziska la puso entre las manos de su madre; luego se inclinó sobre la cama, cayó de rodillas, sintió la respiración de sus hermanas en

la nuca inclinada, cerró los ojos y apoyó la frente sobre el pecho de su madre, sobre un pecho terriblemente quieto. Estuvo así mucho tiempo; luego, se levantó, y sus hermanas con ella.

La enfermera les hizo una seña, y pasaron a una pequeña estancia. Minna, la más joven, todavía se volvió al llegar a la puerta, se lanzó sin control sobre las pálidas manos de la muerta, se las llevó, ella, normalmente tan severa, ahora sin voluntad, a la boca, las besó, era como si las viera por primera vez; pobres, enfermas manos de anciana, que aún tenían en los surcos y grietas el polvo del pesado trabajo, los surcos de una vida esforzada, como una oscura escritura sobre fondo blanco.

Luego las tres hermanas quedaron frente a frente, y se miraron las unas a las otras como si fueran unas desconocidas.

Ni una palabra, ni una lágrima. Había algo incomprensible allí, la última noche había sido irrevocable.

Hacía mucho que el corazón de su madre estaba cansado y desgastado; pero solo en la última noche se había resistido, había golpeado contra el pecho, una y otra vez, batía hasta sentirlo con las puntas de los dedos. Y entonces un puño se lanzó contra los ojos: de pronto allí había una luz roja, alta y ancha como un muro. Ante sí había una tiniebla roja, tras de sí una tiniebla roja. ¿Dónde habían desaparecido sus hijas, dónde se había ido la habitación ocupada durante décadas, la pequeña ciudad delante de las ventanas, la vieja lámpara encima de la vieja mesa?

La madre había tirado del mantel, abriendo de par en par la boca, presa de un miedo indescriptible.

Henriette, la maestra, alzó la vista sobresaltada de sus cuadernos escolares, que volaron hasta los pliegues de su vestido, gritó, y Franziska se quedó petrificada en medio del enorme calor y vivacidad de la pieza que estaba tocando. Temblando, su madre rechazó algo malo con manos inseguras y agarrotadas, luego se desplomó, pesadamente, y sin embargo con suavidad.

Franziska estaba ya muy cerca de ella, ya se había inclinado sobre ella, pero la madre murmuraba trastornada, con voz ajena y tímida de muchacha, volvió la cabeza hacia un lado: y su ojo, inmóvil, infinitamente oscuro, miró fijamente a su hija, se quedó quieto y ciego. La tiniebla roja se había ensombrecido, todo era noche.

La única que no lloró fue Franziska. Cogió a su madre de la mano desvalida, la llevó a la cama. Corrió, llamó al médico, que no obstante no iría hasta la mañana siguiente...

La madre no veía nada. ¿Solo una luz roja? Sin duda antes había estado leyendo... No, solo era una enfermedad ocular... no, ni siquiera eso, tan solo un momento de debilidad. ¿Es que no se podía esperar a la mañana siguiente?

Franziska regresó corriendo. Todo era como el médico había dicho. ¿Se podía esperar a la mañana siguiente! No fueron más que diez horas de preocupación, de inquietud, pero el médico estaba seguro: los ojos no querían seguir trabajando, pero no había ningún peligro.

¿No había ningún peligro? Y sin embargo el rostro de la madre ya no era el del día anterior. Los ojos estaban cerrados, la madre dormía. Pero en lo profundo de los ojos habitaba quizá una oscuridad irrecuperable. Sin embargo, por espantosa que fuera la ceguera, había cosas aún más espantosas. ¿A qué venía ese silencio? ¿Qué significaba ese rígido sueño? Qué significaba que la respiración de la madre saliera con indecible dificultad del fondo más profundo del pecho y se arrastrara trabajosamente por la penumbra, una hora tras otra. Pero luego se hizo más ligera, cada vez más rápida —las hermanas respiraron aliviadas—, flotante, como cuando una persona corre y vuela, a lo largo de anchos caminos, escalando montañas florecientes, y sus ojos brillaron, y entonces —como si hubiera llegado a la meta, abrazada por un sol repentino y radiante de mediodía, resplandeciente, feliz—, toda respiración se detuvo

de manera asombrosa, con la mano apretada contra un corazón que temblaba dulcemente.

Las hermanas habían corrido hacia la enferma, que se había incorporado tendiendo las manos en rígido gesto defensivo y parecía ver algo sobrenatural con sus ojos ciegos, cuando volvió a desplomarse, y una respiración suave volvió como desde muy lejos al pecho materno; una vez más, un alma corría hacia la muerte en la oscuridad de la noche.

Hacia las tres de la mañana, Franziska volvió a correr en busca del médico, pero ya no estaba en casa; la estación del año era áspera, nunca había habido tantos enfermos como ahora: en ese momento su vehículo de campesino rodaba por la carretera. Entonces Franziska corrió a ver al cura, que conocía a la anciana y que ya le había administrado los últimos óleos hacía dos años, durante una repentina enfermedad. Su calma lo llenó de dulzura todo. El profundo aroma del incienso adormecía, la mujer inconsciente pareció sonreír cuando le ungió con su aceite sagrado las palmas de las manos y las plantas de los pies. Su rígida mirada se volvió humana a la luz de los cirios consagrados. Con el cura llegó la enfermera; sin que la llamaran, pero deseada; se quedó.

Ya no había el silencio espantoso forzado por un salvaje puño, ni el horror de una carrera implacable, ahora también otras personas estaban al tanto. Todo pasaba, nada sucedía por primera vez: de ese modo, se convirtió en una muerte cotidiana, el final burgués de un destino burgués.

2

Henriette y Minna lloraban: Minna, con la pasión de un niño, que llora con toda su alma, con todo su corazón; Henriette como una persona cansada y agobiada, una persona con

muchos años de servicio, con pocas esperanzas, mucho trabajo y sin alegría.

Franziska estaba junto a la ventana, sentía el latido tempestuoso de su corazón. No podía llorar, no en ese momento, no a esa luz del día implacablemente gris, pared con pared con ella, que quizá aún oía.

La enfermera abrió la puerta, sigilosa. Su sonrisa expresaba condolencia, comprensión y consuelo. Su densa mirada devolvía todo dolor a su condición cotidiana, a la limitación de cuatro paredes blancas entre las que una persona sencilla había muerto de manera modesta. En la habitación mortuoria se elevaban dos grandes velas sobre altos tubos de latón rellenos de arena. Las otras luces estaban apagadas, delgadas e insignificantes junto a la ventana abierta.

Franziska bajó el atril, en el que todavía la noche anterior habían estado abiertas las *Sonatas* de Beethoven. El viejo piano suspiró. Minna había puesto encima de la colcha de su madre un ramito de primulas que había cogido del bosque el día anterior.

Franzi seguía viéndola llorar.

En ese momento, deseaba desesperadamente aquellas lágrimas, hubiera querido sumergirse sin ruido y volver a salir presa de aquel dolor: del dolor del mundo entero; deseaba no saber nada de sí misma al menos durante un segundo, pertenecer al menos por un segundo a la mujer muerta y entregársele ahora, por entero, como nunca había sido capaz de hacerlo en vida.

La enfermera había dejado solas a las hermanas. Recorría la cocina con sus pesados pasos. Ahora se sentía como en casa, pero las hijas no lo estaban. Ni una palabra en voz alta; no podían apartar la mirada de la boca de la madre, en torno a la que resplandecía una sonrisa severa, casi maligna.

—Voy a salir... una hora tan solo.

—¿Franziska! —dijo, seria, Henriette.

—¿No puedes entenderme? Es preciso. Luego me quedaré con ella todo el día, toda la noche.

—Y yo mañana —dijo Henriette.

—Y yo... el tiempo final... el último día —dijo Minna entre lágrimas.

La mesa estaba puesta en la cocina. La señora Reichner, la enfermera, había puesto en la mesa los tres cubiertos de las niñas. Ella misma sostenía los viejos cubiertos ennegrecidos de la madre en las manos duras y huesudas. Aquello dejó sin respiración a las hijas. Pero la enfermera sonrió, aunque la suya solo fuera una sonrisa humilde y sumisa. Después de comer regresó a la habitación mortuoria, arrimó a la pared las sillas y la mesa y sacó del armario el mejor vestido de la fallecida. Allí estaba, reluciendo con el brillo de un azul pensamiento, un tanto desvaído, en seda muy suave, y la viva luz del mediodía arrancaba destellos a los anticuados volantes, las pequeñas lentejuelas y los gastados lazos; el viejo vestido tembló cuando Reichner lo agarró con dedos duros y codiciosos.

«No querer más a nadie», pensó Franziska, «para que nadie más se me pueda morir».

Las landas que se extendían ante la pequeña ciudad eran grises y pedregosas, llenas de espesura y ramas muertas, que mantenían aferrada la última nieve con sus finos brazos.

Poco a poco, las hermanas llegaron a la cima; una ligera niebla se alzaba de las landas, las perseguía, tendía su mano gris sobre los pedregosos caminos, las laderas lejanas, y todo lo duro se volvía blando y suave.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Franzl.

—No hablemos hoy de eso —dijo Minna.

—¿Por qué? ¿Acaso hoy es festivo?

—¡Franzl! ¿Es que solo piensas en ti? Nuestra madre aún está caliente y...

—Oh, palabras. Si madre todavía... estuviera aquí, sin duda no hablaría de otra cosa: ¿podemos vivir juntas las tres, o no podemos?

—¿Eres capaz de preguntarlo? Lo sabes todo... ¿o no lo sabes? Si eres lo bastante despiadada como para hablar de eso en un día como este, tienes que hablar con toda sinceridad... y voy a responderte con toda sinceridad: no puedes seguir viviendo como hasta ahora. Yo quiero trabajar, más aún que antes, ahora ya estoy en el colegio desde primera hora de la mañana hasta última de la tarde; quiero tener 42 horas a la semana. Y tú, Minna, ahora mismo ya no tienes ni un minuto libre, lo haces todo en la casa, le has ahorrado a madre hasta el último esfuerzo, y todo sin recompensa alguna, todo gratis...

—No hables de esto, Henriette —dijo Minna.

—Pero se trata de ti, querida Minna —dijo Henriette—. A partir de ahora, deberíamos alquilar una sola habitación con una cocinita. Y, por espaciosa que sea, difícilmente habrá sitio para el piano. Mira, Minna, hay que quitar el piano de Franzi de donde está tu cama.

—¿Así que hay que quitar mi piano?

—No lo digo por maldad, Franzi. Tú has empezado. Yo no habría removido hoy esta antigua miseria. Que acaba de empezar. Yo gano un poco de dinero, 700 miserables florines, y solo cuando por fin me hagan fija. Alguna vez ocurrirá. Tal vez incluso pronto. Pero, ¿qué es eso para tres personas? ¡Dímelo tú misma! Podemos retorcernos y pegarnos y encogernos, pero poco a poco esto se hace imposible. Estoy cansada. Cuando vuelvo a casa por las noches me gustaría descansar un poco. Pero tú siempre estás al piano. No... pienso, no puedo pensar otra cosa, que una gana el pan de cada día, la otra atiende el fogón, pero la tercera...

—Sí, la tercera —dijo Franzi con malvada sonrisa—. No hace falta que lo digas. Lo sé todo. No quiero vivir de tus mi-

serables céntimos. Ni un día. Esa es la razón por la que quería hablar contigo hoy...

—Oh, hablar —dijo Henriette—, ¿de qué sirven todas las palabras? Lo he dicho mil veces. Si madre no se atrevía a decírtelo, alguien tiene que ser sincera contigo. ¿Adónde va a parar todo esto? ¿De qué te sirve todo el trabajo? ¡Tendrías que haber estudiado! Ahora, podríamos pensar en nuestro futuro de forma muy distinta.

—No tiene por qué ser así —dijo Franzí—. Me ganaré el pan sin haber estudiado, aunque no aquí.

—No, Franzí —dijo Minna—, tenemos que seguir juntas a toda costa; sin duda nuestra madre lo habría querido así.

—No —dijo Henriette—, sobra una.

—Lo sé. No he querido vivir a vuestra costa. Los 700 florines de Henriette son sagrados para mí. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué va a ser de mi piano? Pero podéis despedazarlo y encender el fuego con él durante el invierno. Y quizá alguien pueda contratarme como dependienta. Durante el día. Por la tarde vendré a casa... ¿tendréis un rinconcito caliente para mí al pie del fogón?

—Oh, Franzí —dijo Minna—, ¿qué estás diciendo? No vamos a dejarte dormir en un rincón.

—Solo hay pan para dos —dijo Henriette.

—Bien, entonces voy a deciros una cosa —dijo Minna—, quiero irme, me marcho a Praga, me pondré al servicio de alguien decente. Los niños me quieren. Yo...

—No —dijo Henriette—, no puedo permitirlo. ¡Tú... criada! ¡No, eso no puede ser!

—Pero no va a ser aquí. Nadie se enterará. No voy a avergonzarnos...

—No se trata de eso. ¿De verdad estás hablando en serio?

—¿Qué otra cosa he sido más que vuestra criada? Henriette está en el colegio, tú tocas el piano, ¿qué me queda a mí?

—sonrió—. No os preocupéis por mí. No me volveré peor de lo que soy...

Habían llegado a la cumbre del bosque. Abajo, las landas brillaban como un gris trozo de seda en medio de los altos y verdes bosques. La tierra olía a primavera, todo el gris mundo de febrero respiraba primavera; y caía una ligera lluvia. Acari-ciaba las largas agujas medio agrisadas de los pinos, que de pronto se volvieron de un gris profundo y resplandecieron. Franziska dio la mano a Minna. Callaron. Luego volvieron a la pequeña ciudad, a la vieja casa a la sombra de la iglesia en la que yacía su madre. Cuando estaban delante de la casa, vieron por la ventana los dos grandes cirios mortuorios, cuyo resplandor salía al encuentro del anticipo de la primavera.

—Escríbeme cuando estés allí —dijo Franziska en voz baja—, y entonces... iré contigo.

—Ah —dijo Minna—, no lo hago por vosotras, no lo hago por ti.

Se echó a llorar mientras subía la escalera de madera; nadie supo si porque su madre había muerto o porque iba a pasar de ser una hija de la burguesía a ser una criada... ni ella misma lo sabía.

3

Cuando Franziska acompañó a su hermana a la estación, notó con asombro que esperaba con alegría el instante de hallarse completamente sola entre sus cuatro paredes; esperaba con alegría la primera noche sola en su habitación, le parecía como si con eso se ensanchara el mundo, como si durmiera en un país lejano, entre tiendas de campaña o al aire libre.

Pero Minna lloraba, y sus manos temblaban cuando se despidieron. Vino el tren: Franziska besó a Minna en los labios; el

brazo de Minna cayó en torno a su cuello de forma tan pesada, tan anhelante, tan inconcebiblemente tierna, que temió no librarse jamás de él. Pero solo fue un instante: luego las ruedas chirriaron, y el tren se fue. Minna hizo señas desde su compartimento con un pañuelo blanco, y su rostro hinchado por las lágrimas pareció sonreír desde la distancia.

En realidad, Franziska solo había querido a una persona, su padre: de niña, como persona que se iba haciendo adulta y luego en el recuerdo, y nunca había sido capaz de entender que una persona a la que ella quería pudiera abandonarla.

En dos noches insomnes, las dos primeras noches insomnes de su joven vida, en las que deseó con violentos sollozos devolverlo a la existencia, junto a ella, al día floreciente, todo el mundo animado murió con él.

Lo único que siguió vivo fue la música. Nada le hablaba tanto como el viejo piano, nunca entregaba su alma más que cuando, sola en la oscura habitación, se dejaba embriagar por sus notas. Su padre le había dado las primeras lecciones; cuando murió, se había quedado sola. Había heredado de él la capacidad de improvisación, podía fantasear durante horas en torno a una imagen, a un recuerdo. Las ideas acudían por sí solas; a menudo cerraba los ojos o miraba hacia la iglesia, cuyas ventanas estaban finamente enrejadas para dificultar que las palomas y golondrinas anidaran. A menudo tocaba sin pensar durante largo tiempo. Creía que todo el mundo podía tocar así cuando quisiera. Eso le daba felicidad, una felicidad un tanto carente de asidero, pero felicidad al fin y al cabo.

Cuando tenía quince años, falleció de repente un tal señor Von Kornhen, un aristócrata empobrecido que había sido representante de una compañía de seguros.

Franziska pasó por delante de la iglesia en la que estaba expuesto el cadáver; la muerte de aquel caballero había ocurrido sin duda de manera un tanto misteriosa, se hablaba de sui-

cidio, pero el cura, que había sido buen amigo suyo, respaldó bajo su propia conciencia el entierro eclesiástico.

El vestido de Franziska rozó el portal de la iglesia. En el alto edificio reinaba un silencio de muerte, y Franziska pensó que el muerto estaría allí tendido, en el ataúd abierto, con el lazo de la soga al cuello o los rastros de una bala asesina en la frente.

La madre le había prohibido asistir a la misa de difuntos; pero Franziska no pudo resistirse. El horror la atraía.

La nave de la iglesia estaba llena de una oscuridad verdosa; grises nubes de incienso se desplazaban, con pesado aroma. Junto al ataúd cerrado se arrodillaba el hijo del fallecido, una persona esbelta, de rubios rizos, y el temblor de sus pequeñas manos blancas sobre la oscura madera era más conmovedor que el llanto. Del coro se alzaba el dulce sonido de un órgano, sonaban unas campanillas. El trino de unos pájaros que alzaban el vuelo resonaba claro como un viento fresco.

Franziska se estremeció. Retrocedió con lentitud, el rostro siempre vuelto hacia el altar, en el que ardían unos cirios pálidos. Con una última mirada, vio que el viejo sacerdote alzaba suavemente al joven. Soñó con ese noble y pálido rostro de niño. Sus noches y sus horas al piano estuvieron llenas largo tiempo de él. Se llamaba Erwin. Al año siguiente, una artista extranjera llegó a la pequeña ciudad del norte de Bohemia y dio un concierto en la sala de baile de la única fonda. Franziska se sintió angustiada al oír los primeros acordes de violín, pero después del primer movimiento de la primera sonata estaba profundamente conmovida, temblaba de emoción y estaba tan pálida que su madre la obligó con tiernas manos a marcharse a casa. Franziska nunca lo olvidó.

Desde ese día entendió que le faltaba la fuerza elemental para crear, que nunca podría elevarse por encima del momento y de su sufrimiento, y que la fantasía semilibre era la segura decadencia de su arte.

Se forzó a no tocar una sola tecla durante tres semanas, luego volvió a empezar, a una edad en que los demás hacían ya cosas medianas, con los primeros pasos de un aprendizaje sistemático del piano.

La madre, enferma, había cogido una chica campesina para que le ayudara con los trabajos más burdos de la casa. Franziska hizo que la despidiera, le pasara a ella misma esas tareas y le pagara a cambio su remuneración.

4

Las personas jóvenes tienen una energía desconsiderada. Franziska no conocía la vida; no conocía el arte; creía que podría superarlos a ambos con las manos desnudas. Con el dinero que ganaba, tomaba clases de piano con un antiguo organista que había sido una vez virtuoso del órgano en Leipzig; pero Torvenius estaba tan entregado a la música como a la bebida, y en una disputa de taberna le habían cortado los tendones de la mano izquierda con un trozo de una botella de cerveza. Ahora, tras el forzoso regreso a la patria, quería vengarse de la vida, que había sido injusta con él, y su venganza consistía en emborracharse casi todos los días hasta la inconsciencia y dar brutales palizas a un perrito llamado Orla; y sin embargo, aquel animal deteriorado en medio de su suciedad era el único ser al que amaba y al que mostraba su ternura con torpes caricias.

Envidiaba, odiaba y despreciaba a Franziska; solo la más amarga y angustiada necesidad pudo obligarle a seguir ayudándola. Pensaba atormentarla imponiéndole las tareas más difíciles, pero una persona como Franziska no conocía el cansancio. Cuando, entrada la noche, terminaba de lavar la ropa en el húmedo lavadero, o había subido del sótano cestas de

carbón y leña, aún encontraba tiempo para practicar y leer libros de teoría y partituras. Todo le parecía fácil en comparación con las tres semanas en las que se había quitado la costumbre de improvisar. Porque aquellas habían sido sus únicas horas realmente luminosas, llenas de alegría. Había sido espléndido por encima de toda medida: tocar cuando pensaba que estaba tocando de verdad, lanzar las bellezas de la tierra, del presente y del recuerdo a medias soñado, como pelotas de colores al silencio de la tarde, escoger lo más dulce entre las teclas con finísimos dedos y estremecerse de pronto ante una armonía completamente nueva, incomprensiblemente maravillosa, que al instante siguiente se esfumaba borrada por el viento como si nunca hubiera existido, repasar al atardecer en el atril del piano las figuras bíblicas de las que su padre le había hablado: el hijo pródigo, que llamaba dubitativo a la puerta y era recibido por amorosos acordes; o Ruth, que corría dichosa por los ásperos campos de espigas al sol poniente del otoño, o la madre de Dios, que siempre tendía los brazos al vacío y tenía lágrimas invisibles en los ojos; la mujer de Lot, que, convertida en estatua de sal, estaba en una duna en mitad del desierto y se empequeñecía cada vez más con la lluvia. Después de aquellas tres semanas de hambre, ya no entendía cómo se habían reunido antaño la música y los recuerdos bíblicos de su infancia.

También la figura del padre, y el recuerdo de aquel niño rubio en la iglesia cubierta de velos negros, fueron haciéndose más transparentes, igual que el de la mujer de Lot: a los diecisiete años, Franziska ya sentía que quedaba muy atrás una primera juventud, un reino abandonado para siempre, hundido hacía ya mucho en lo irrecuperable.

Y sin embargo, incluso ahora se podía vivir de manera espléndida algunos días. Porque todo lo que experimentaba, cada momento que hacía brillar sus alas, le pertenecía tan solo a ella, cada paso que daba la llevaba a innombrables lejanías,

lejos quedaba el borde del bosque oscuro, lejos las luces de la pequeña ciudad en el valle, temblorosas en el atardecer de primavera, todo caía en sus manos ásperas y agostadas; si tocaba una fuga de Bach, un *scherzo* de Haydn, una sonata de Beethoven, era siempre como si la oyera por primera vez, como si esa música solo fuera para ella; y si caminaba bajo el cielo estrellado, por debajo de árboles cubiertos de noche, sentía dulcemente la pervivencia del instante, lo acogía en lo más hondo de su alma porque sabía que nunca vuelve.

La gente que se quiere tanto a sí misma que no quiere entregarse a otra persona se entrega a la naturaleza, a la infinitud de lo inanimado. Se sumergen en ella, se embriagan con el silencio, con la niebla, con el aroma del bosque. Cuando, justo al lado del camino, un tren salió atronando de los graves bosques, como si diera pisadas de gigante, levantando mil chispas doradas que salían de la oscura chimenea cónica de la locomotora cual enjambre de abejas de una cesta tostada por el sol al borde del jardín, cuando de repente brotó la llama y se alzó, entre el espeso y rojo humo, por encima de las copas de los árboles, encorvadas por el viento, el fuerte y virginal corazón de Franziska fue jubiloso al encuentro de esa fuerza que avanzaba insuperable: porque sentía que estaba viva.

Cuando el pesado tren desapareció a lo lejos, se sintió repentinamente cansada; la llamaba su cuarto, el cuarto en el que había muerto su madre, que ahora iba a ser suyo, y la cama de su madre, en la que tendría que dormir aquella noche y todas las venideras.

Henriette aún no estaba en casa. Pero encima de la chimenea todavía quedaba un poco de comida. ¿Acaso Minna no pensaba en todo? ¿Y en qué pensaba ahora?

Franziska no podía comer nada; era como si pudiera saciarse solo con dormir; absorbió el sueño como si de tratara de un aroma embriagador, y cuando supo que dormía anheló un

sueño, y enseguida sintió los cansados ojos encadenados a una imagen. Lo primero que vio fue a su madre ante ella, con una media negra en torno al cuello, sonriéndole con gravedad. Pero no estaba allí, sino que se arrastraba por el suelo; arrastró a su hija con ella, y tiraba con fuerza cuando Franzi, cansada, quería quedarse atrás. Al caminar arrastraba los pies, el extremo de la media, que colgaba hasta el suelo, era de hierro, y cavaba un surco profundo en la tierra; la madre sostenía su cubierto de hueso negro y la fina cuchara de plata, y ahora quería enterrar esos objetos. «Vosotras ya no los necesitáis», decía su voz, «Minna se ha ido, las otras no los merecéis». De pronto, señalaba hacia atrás con mirada terriblemente furiosa: allí iba también el padre, pálido, con una visera calada sobre los ojos, y quería esconder en el bolsillo de la pechera la ocarina negra y brillante que había tocado siempre; se había roto de pronto tres meses después de su muerte, aunque hacía mucho que reposaba tranquilamente en su caja de cristal, sobre un cojín de terciopelo verde. Luego venían otras muchas figuras, también vivas, que simplemente habían desaparecido de la ciudad; y un niño pequeño, al que conocía de sus años de infancia, sostenía en la mano una bobina de hilo agotada. Alrededor de todas esas figuras reinaba la penumbra, y sus pasos sonaban igual que voces que murmuran.

De pronto se alzó una llama devoradora. Todos los rostros miraron hacia arriba, todos estaban extasiados, en los ojos de todos se veía el asombro y el júbilo. Alrededor no había más que desierto, palmeras solitarias salpicaban, con hojas muy vencidas por el peso, la arena nocturna y húmeda, una maravillosa melodía sonaba como un manantial detrás de una duna, y Franziska se vio sentada, sola, en la habitación en penumbra; decepcionada, se creyó devuelta a la realidad. Pero la música seguía sonando. Se oyó a sí misma fantaseando al piano, sintió que unas notas, unas armonías siempre nuevas, la

recibían con los brazos abiertos. También el viejo piano se arrastraba pesadamente sobre sus tres patas, se dirigía como todos los demás hacia la ardiente columna de fuego; pero la madre era la que estaba más cerca, casi en medio del ascua cantarina, su pálido rostro se inclinaba dichoso hacia atrás, y todos los finos pliegues y arrugas de sus rasgos resplandecían con hilos de oro. De pronto Franzí sintió que todo se hundía lentamente, que todo desaparecía; despertó. En la puerta estaba Henriette, y alumbraba la estancia.

5

Esas noches oníricas pasaban como nubes por la vida de Franziska, pero no se reflejaban en ella; porque ¿cuándo se han reflejado el sol y la luna en una carretera de grava? Una voz dentro de ella decía: «¡Adelante!», daba igual hacia dónde. De un escalón del arte a otro, de un céntimo trabajosamente ahorrado al otro. Cada hora de descanso que metía a presión en medio del trabajo despiadado le parecía una ganancia, cada dificultad que superaba, una felicidad positiva, la riqueza de cada día.

Lo primero, lo último, la muerte, seguía siendo inconcebible.

No lo decía, lo sentía: no soy una de esas personas que pueden morir; quizá un día forme parte de ellas, pero entonces saludaré desde la otra orilla a la Franziska de hoy, será otra persona la que quede atrás, una nueva existencia empezará y terminará con otra.

Un día estaba esperando, bajo una lluvia torrencial, a Torvenius, su profesor de piano. Estaba en la puerta de su casita, mirando el césped del diminuto jardín delantero, que en el denso aire de primavera parecía crecer. Por fin llegó Torvenius;

llevaba una maleta en la mano. Tenía un brillo extraño en los ojos, y su mano temblaba cuando metió la llave en el cerrojo de la maleta.

Pero Franzi nunca pensaba acerca de las personas; tocaba; Torvenius callaba y la miraba. La sonata tocó a su fin; Franzi se volvió hacia él y esperó su sentencia. Él se levantó, abrió la maleta y sacó el cadáver de su perro.

«Todo muere», pensó Franzi. Ayer este perro aún andaba corriendo, y se entretenía con un hueso roído junto al pedal del piano. El animal de hoy le parecía otro: un doble del viviente. Pero ambos le espantaban.

—¿Qué pasará ahora? La gente dirá que he apaleado a Orla hasta matarlo —dijo Torvenius—, pero nunca le he tocado. La bestia aullaba en cuanto yo me acercaba a la puerta. El buitre chilla de placer. Los papagayos llegan a cumplir 150 años, pero los perros tienen que morir igual que las personas. ¿Qué dice Orla? —se inclinó sobre el agotado animal, que había muerto de vejez, y le quitó un pañuelo blanco que le había atado al cuello.

Nadie llegó a saber por qué había ido transportando al perro en su maleta. Quizá quería enterrarlo en algún sitio.

Torvenius desapareció al día siguiente durante unas semanas. Franzi se encargó de las clases de piano que hasta entonces daba él. De pronto, volvió a aparecer por la ciudad. Ya no se emborrachaba, pero precisamente ahora, era extraño, la gente le evitaba, y le mostraba su desprecio de manera abierta. Por fin, el propietario de un cinematógrafo lo contrató como pianista. La gente se fijaba, conteniendo la respiración, en la pantalla reluciente, nadie escuchaba la música, nadie se daba cuenta de que los tendones de la mano derecha se negaban a obedecer al pianista. A veces, Franzi se lo encontraba por la calle. En una ocasión saludó con humildad, incluso la siguió y quiso hablar con ella; pero Franzi sintió que le odiaba. Tenía

miedo de él, como de sus dos perros. Se leía con tanta claridad en su rostro, que él se dio la vuelta sin decirle nada. La noche siguiente, Franzi lo vio en el cinematógrafo; un paisaje tropical, árboles movidos por el viento, canoas oscuras, agua resplandeciente y remos susurrantes... todo eso pasaba por la pantalla. Torvenius estaba sentado a su piano, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos entrecerrados. En torno a su rostro atormentado temblaba el resplandor de la cambiante luz. Y en ese momento su rostro le pareció hermoso, iluminado por una llama interior. Pero solo fue un momento.

Aquel rato en el cinematógrafo, esa tarde de sábado de siete a nueve, aquel rato era su domingo. Porque ya no observaba los domingos. Y, desde que ya no iba a la iglesia, tampoco creía en Dios.

Fueron días duros, llenos de trabajo hasta los topes: alguna tarde de sábado, Franzi se sentía mortalmente cansada. Le atornaba la cabeza; se le agarrotaban los dedos, y le crujían las articulaciones. Sentía dolores desde la punta de los dedos hasta los hombros. Lo peor era que empezaba a dudar de sí misma. Aquella duda dolía más que las articulaciones. Y sin embargo se superaba, se mantenía fuerte. Porque de lo contrario no habría soportado esa vida durante años. Podía ser implacablemente rigurosa consigo misma: tenía que serlo. Cuando se aprendía una obra de memoria y de pronto su memoria vacilaba aunque no fuera más que un segundo, no esperaba a que realmente fallara, sino que se condenaba a copiar la obra entera, desde los atronadores acordes del comienzo hasta los finos arabescos del final, que parecían tan leves y eran sin embargo tan indescriptiblemente trabajosos. Pasaba largas noches erguida en la cama, con un viejo tablero de dibujo de tiempos de su padre en las rodillas, y escribía hasta que la pluma se le caía de los dedos. Pero, cuando despertaba por la mañana y apenas podía mover las rodillas —porque estaban casi paralizadas por el pesado ta-

blero de dibujo— se sentía joven, se sentía por fin, por fin feliz, la única escogida por la vida entre miles, sentía el soplo de un gran futuro pasar sobre ella: entonces se alzaba por encima de sus hermanas, por encima del viejo Torvenius, por encima de todas esas personas carentes de brillo, de la pequeña ciudad parda y gris y de sí misma; de la imperfecta Franziska de ayer por la noche, que había fallado en el compás 58 de la *Sonata en fa sostenido menor* de Schumann. Esperaba de sí algo sobrehumano, y de la vida algo ilimitado. Eso daba a sus ojos el brillo de lo victorioso, la fuerza a su figura delicada, de finos miembros, la belleza a sus ásperos rasgos; eso la ennoblecía. Pero también la volvía vacía, sin corazón, fría hasta la dureza, sensible hasta las yemas de los dedos y, como todas las personas soberbias, indefensa como una niña en lo más profundo de su interior.

6

En febrero del año siguiente Franziska viajó a Praga. Leonore Constanza iba a dar un concierto.

El viaje fue largo; el sordo tronar del tren sonaba desanimado, subterráneo. La niebla se posaba sobre los campos vacíos, surcados de profundas arrugas invernales. La niebla también se posaba como un brillo húmedo en las calles de Praga, la niebla se colgaba como una delicada envoltura de las farolas de arco voltaico¹ que se mecían sobre las anchas calles, sostenidas por hilos apenas visibles. La niebla estaba, tímida, ante los escaparates de los comercios, y esperaba, la niebla recorría la grandiosa extensión de la Wenzelsplatz², hasta la cumbre, donde una enorme estatua ecuestre de metal forjado vigila, amenazadora, un palacio sostenido sobre columnas, lleno de rabiosa energía, heroica y sin embargo dulce, como un príncipe de un castillo encantado de las mil y una noches.